

El frío del gitanillo

*A mi paisano y amigo Fermín Lala,
que me contó una historia muy parecida a
ésta.*

Aquel invierno de mediados de los cincuenta se había dejado ver las orejas desde los últimos días de otoño: luz pelada y por la tarde amarillenta; viento no intenso, pero sí airado y constante, placas de hielo sobre el espejo de los charcos en las umbrías y carámbanos de hielo colgados de las viseras y soportales de las casas. Las mujeres andaban deprisa el camino de los recados, aunque no perdían el ripio de la ganancia, pues debajo del brazo llevaban el manojito de pajas de centeno para añadir la trenza y, colgado del antebrazo, el rollo que buscaba los veinticuatro metros. Parecía que no levantaban los pies del suelo cuando caminaban -pañuelo negro a la cabeza anudado debajo de la barbilla-, aquellas mañanas de frío cortante que todo lo destemplaba. Otras acudían con un bote o cacillo al albañal que sacaba el berrinche del lagar y cogían la nata cimera impregnada de aceite y lo echaban en una lata para hacer, luego, jabón. Los hombres que iban al campo se arrebujaban entre la pelliza o se echaban una pinguera de Campillo sobre los hombros: luego, golpeando la porra sobre la cabeza de las cuñas, desaparecía el frío y quien lo inventó. Los pastores buscaban el canto caliente del majano durante las primeras horas de la tarde y los zagales se arrimaban a la lumbre que los pastores habían hecho por la mañana al abrigo de un paredón.

Los hombres que no iban al campo hacían la conversación en el lagar desde por la mañana, excepto aquel hombre que para disgustar a su cuerpo -pues le pedía madrugar para ir al campo a buscar una carga de leña-, se quedaba en la cama hasta la hora de “la Doaldi” y, “a estas horas, adónde voy. Ya me espero a comer”, se decía, para volver a decirse lo mismo al día siguiente, y se acercaba al lagar. Y en el lagar se hablaba, se reía, se daban bromas y, también, había que aceptarlas cuando venían en busca de uno. Era el lagar, pues, el estómago popular que por las mañanas engullía todas las noticias y dicharachos populares, pues todos los que no iban al campo, ni salían de viaje, ni estaban de trato, acudían al lagar; y los forasteros que hasta Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada, se acercaban: preguntaban por alguien, ofrecían la mercancía que llevaban, se quitaban el frío para todo el día y, si se terciaba, daban cuenta de un buen sopetón. ¡Qué bueno estaba el sopetón! Se cortaba una buena rebanada de pan y se pinchaba en una vara de jara que servía de tenedor de mango largo y se metía en la boca del horno para tostarlo; luego, se echaba un chorrito de aceite sobre la cara doradita del pan y se rociaba un puñado de azúcar sobre la carita sonrosada.

Una de aquellas mañanas acudió a Aldeanovita una abultada familia de gitanos: el matrimonio y siete u ocho churumbeles, uno de los cuales se parecía con asombrosa rigurosidad a *Kubala*, el legendario futbolista húngaro del Barcelona; otro se llamaba Félix, de mi edad, que se sabía todos los nidos de los olivares del pueblo y de sus alrededores. Detrás, cinco o seis muchachillos casi de la misma edad, pero todos diferentes, bien por carta de más, bien por carta de menos. La ropa en la familia gitana era tan escasa como la comida, por lo que los dos muchachos grandes acudían al lagar cada mañana a ver si se escapaba algún sopetón entre los recados que pudieran hacer y

las cientos de burlas que debían soportar. Y mal que bien, cada mañana, por unas causas o por otras, siempre caía alguno, quizá no tan grande ni tan grasiento que los chorrerones de aceite resbalasen por el cuenco de la mano, ni tan dulce como quisieran, pero era sopetón, al fin y al cabo.

Cuando acudían a casa, nadie les había echado en falta, sobre todo a la hora de comer. El padre arreglaba el asiento de una silla o estañaba una cacerola o afilaba unas tijeras o la navaja rengueta de cualquier vecina. Entonces, sin dejar la tarea, el padre preguntaba por la suerte del día:

-En el lagar –respondía *Kubala*. *Recaos*. Dos o tres *recaos*.

-¿Traéis algo de dinero?

-Tres chicas y una gorda –dijo Félix, que era más hablador que su hermano.

-A verlas. ¿Dónde están?

Y fueron vistas y no vistas, porque en el instante en que Félix abrió la mano portadora de las monedas, desaparecieron de la faz de la tierra.

-¿Y de comer?

-Un sopetón –dijo *Kubala*.

-¿Qué es eso? ¿Estaba bueno? A ver, cuenta.

-¡Que si estaba bueno, Félix!

-¿Qué era? A ver.

-Una rodaja de pan *achoscarrá*, con aceite y azúcar.

Los hermanos pequeños habían hecho un corro alrededor de *Kubala* y de Félix, y con los ojos abiertos prestaban atención a todo lo que decían; sobre todo, trataban de adivinar dónde habían logrado ese manjar. Y, aunque no lo habían adivinado, ni lo podían adivinar porque deambulaban por las callejas del pueblo, anónimas y desdentadas, sin reconocer por dónde iban, decidieron los dos mayores de los pequeños seguir a sus hermanos al día siguiente, fueran adonde fueran. Y así ocurrió. Por la mañana, cuando sintieron que los hermanos mayores dejaban la saca de paja y se disponían a buscar el modo de superar la dura tarea de tener que subsistir un día más, se dispusieron a seguirlos; claro, a distancia. Incluso, les acompañaron en los dos recados que hicieron antes de las nueve: llevar una silla ya arreglada a una vecina del barrio *de la zorra* y una caldera a la *Marcelina*, allá por el barrio *de Triana*. Y llegaron a casa con diez *rales* y todas las tareas hechas hasta el día siguiente casi con seguridad; es decir, para que hubiera tareas a la mañana siguiente, la suerte tendría que dejar antes una silla rengueta o de culo caído, o un puchero, sartén, perol o cántara agujereados entre las manos del padre. Y como les vieran salir al cabo de un rato, salieron ellos también sin perderles de vista. Al llegar al caño, se volvieron sobre sus pasos y vieron que los pequeños les seguían, y les hicieron una señal amenazante con la mano extendida si continuaban empeñados en seguirles. Y al llegar al lagar, Félix y *Kubala* se metieron dentro a ver qué caía, y los pequeños se quedaron a las puertas de lo que presentían era el paraíso, pues relacionaban el lugar con *pan blanco*, *azúcar*, *aceite* y *lumbre*.

Y a las puertas del lagar los dos gitanillos se dispusieron a competir con el frío de la mañana descalzos y con una camiseta que apenas les tapaba la colina. Y allí el frío pelón de la mañana se multiplicaba por lo abierto del espacio, por el canto del chorro del pilón, por el charco que se formaba en sus alrededores que una capa de hielo cubría en toda su extensión y porque allí, en el ancho espacio de la explanada, acudían bocanadas de aire puro desde varias calles húmedas y ateridas a las que el sol sólo oteaba desde lejos... Junto a uno de esos charcos estaba uno de los hermanos pequeños; el más pequeño se había ido a pasar el frío matinal a casa. Quieto, absorto mirando el espejo del charco, con los pies morados y morado todo el cuerpecillo oyó indiferente que el reloj cantaba las horas sin saber contarlas. Y cuando el reloj se disponía a repetir

las once, acertó a pasar por allí una mujer limpiándose la moca que el frío le sacaba de lo profundo de los pulmones:

-¿Qué haces, muchachillo? ¿No tienes frío? –preguntó sin preguntar viéndole de aquella manera vestido.

-¿Pa qué quiero el frío si no tengo ropa que ponerme?

Autor: Juan José Fernández